

rácter el máspreciado de la humanidad propiamente dicha.

La estrechez frontal, que se prolonga mucho sobre el cráneo de Trinil, permite negar que la «circunvolución de Broca» haya sido más desarrollada en el pithecanthropo que en los antropoides¹. Cerca de Bahía, en el Brasil, se ha descubierto en un montón de conchas un cráneo humano de caracteres muy primitivos, en el que se ha querido ver semejanza con la pieza de Trinil², pero cuya edad no ha sido suficientemente establecida.

Esos hallazgos parecen indicar que el hombre, bajo su forma actual, habría nacido en las regiones de vida exuberante, donde el sol lanza sus más ardientes rayos y donde la lluvia cae más copiosamente; las variedades de negritos se han desarrollado también en la zona ecuatorial, patria de las grandes especies antropoides emparentadas con el hombre.

A tal nacimiento, era necesario, al parecer, la naturaleza tropical en todo su poder creador (Hæckel, Johnston). Si en casi todas las comarcas, a lo menos fuera de las llanuras, cuentan los hombres que sus primeros abuelos descendían de las altas montañas que limitan su horizonte, esas leyendas provienen de un puro efecto de óptica. Las altas cimas que se dirigen al cielo rompiendo las nubes, ¿no parecerían al primate, animal privilegiado, la morada de los dioses, a cuyos pies vería en su imaginación el nacimiento de sus primeros padres?

«El hombre es un dios caído que se acuerda de los cielos»

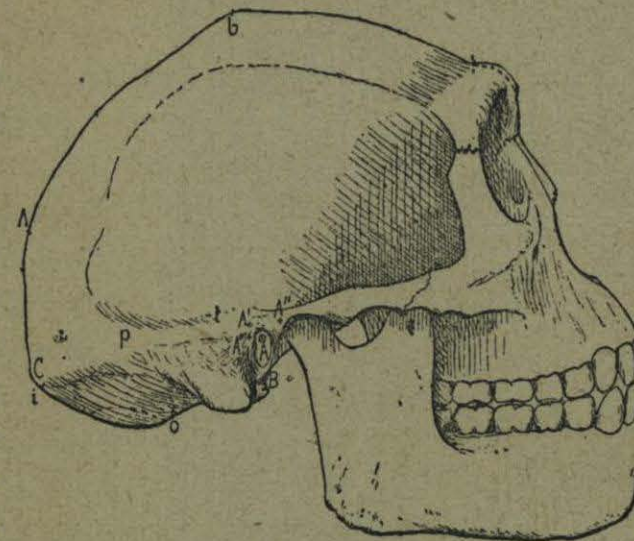
así cantaba Lamartine. No es un «dios-caído», porque sube más bien, pero recuerda todo un infinito. Salido de generaciones sin número, otros hombres o antropoides, animales, plantas, organismos primarios, recuerda por su estructura todo lo que sus antepasados han vivido durante la prodigiosa duración de las edades; resume bien en sí todo lo que le precedió en la existencia, del mismo modo que en su vida embrionaria presenta sucesivamente las formas diversas de las organizaciones más sencillas que la suya. No es, pues, únicamente en las tribus salvajes donde ha de buscarse al hombre antiguo, sino, todo lo lejos posible, entre sus abuelos, los animales, allá donde irradian los primeros resplandores de la inteligencia y de la bondad.

¹ Sociedad de Antropología, sesión del 19 noviembre 1895.

² A. Nehring, *Naturwissenschaftliche Wochenschrift*, 17 noviembre 1895.

Las sociedades animales nos muestran, en efecto, sea en germen, sea en estado de realización ya muy avanzada, los más diversos tipos de nuestras sociedades humanas, siéndonos posible buscar en ellas todos nuestros modelos: en sus grupos tan variados encontramos ese mismo juego de los intereses y de las pasiones que incesantemente solicitan y modifican nuestra vida y determinan las

marchas progresivas o retrógradas de la civilización; pero las manifestaciones del animal, más candidas, menos complejas, desprovistas de la

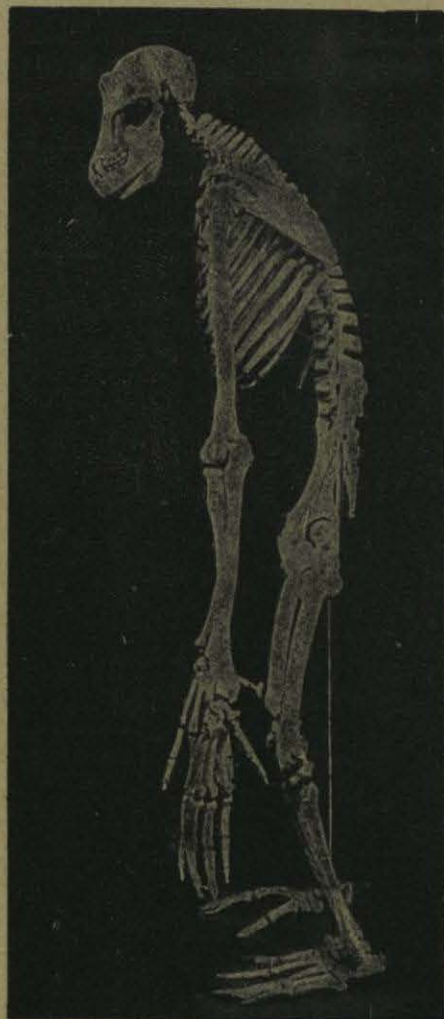


envoltura de frases, escritos, leyendas y comentarios que disfrazan nuestra historia, son más fáciles de estudiar, y el observador logra ver en su derredor los pequeños y diversos mundos en el corral, en el matorral vecino, en la atmósfera y en las aguas.

«En el tiempo en que las bestias hablaban», los hombres las comprendían. Los seres de dos y de cuatro patas, de piel lisa, de plumas y de escamas no tenían secretos los unos para los otros, y el acuerdo era tan completo, que el pueblo, superior a los filósofos, por la justa aunque subconsciente inteligencia de las cosas, continuó mucho tiempo, continúa todavía aquí y allá, entreteniéndose con los animales en esos cuentos que constituyen una parte tan importante de la literatura, hasta la más importante de todas, porque es ciertamente la más espontánea: ignora su propio origen.

El hombre se inclina a creerse el «rey de la creación», y sus religiones parten de esta idea fundamental. Se comprende: el ser que ve todos los rayos converger a su morada; todas las

apariencias tomar una realidad en su cerebro, ha de considerarse forzosamente como el centro de todo y como superior a todo: por la prolongada reflexión y el examen constante de la vida,



ORÍGENES ANIMALES DEL HOMBRE
(Esqueleto de chimpancé comparado en tamaño y posición con un esqueleto humano)

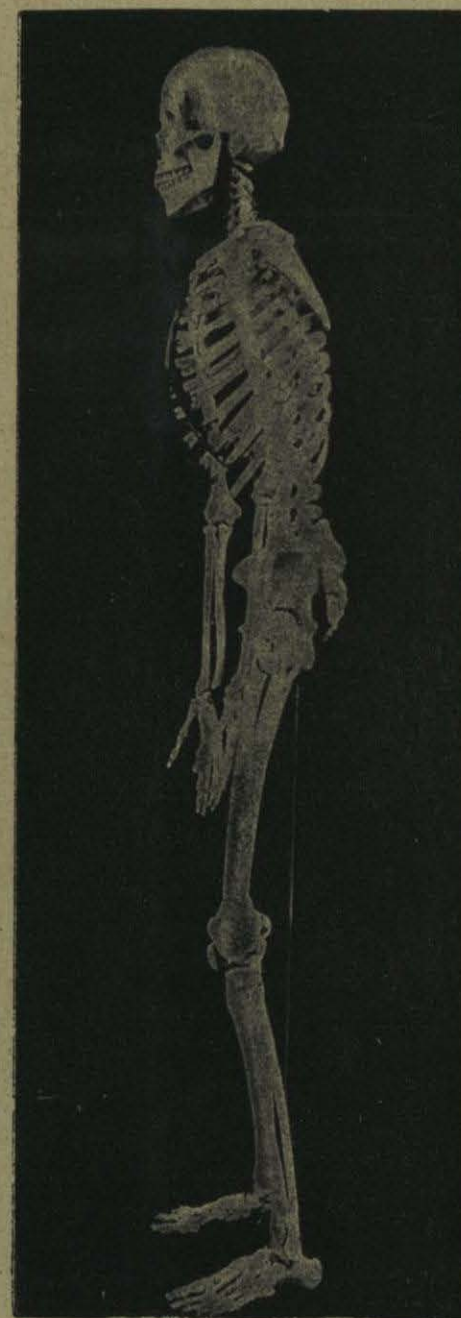
llega a conocer el valor y el lugar relativo de los seres, lo mismo que la igualdad virtual, en la evolución general, de todas las formas que se desarrollan a través de las edades.

El hombre ni siquiera puede pretender la superioridad que podría darle el hecho de ser la obra más recientemente brotada del funcionamiento de las fuerzas naturales.

Desde las épocas remotas, muchas especies han podido nacer de las acciones físicas y fisicoquímicas del medio terrestre modificado incesantemente; sabido es que, según Quinton, todo el mundo de las aves, por su formación, corresponde a un período posterior a la del hombre. Por último, entre las especies pertenecientes a familias que existen desde las edades más lejanas, muchas, evolucionando en una vía diferente de la que el hombre ha seguido, ¿no se mueven en el sentido de una vida social que no es ciertamente inferior al caos en que bregan los humanos en constante lucha? Las hormigas, las abejas, los castores, los perros de las praderas que, salidos de sus madrigueras, viven en repúblicas dichosas; las grullas, que dibujan en el aire azul los dos rasgos concretos de su vuelo convergente; todos esos animales tienen también su civilización que quizá equivalga a la nuestra.

Si el hombre no hubiera tenido a la vista más que los ejemplos dados por sus compañeras las bestias; si no hubiese obtenido su apoyo en las luchas de la existencia; si, por otra parte, no se hubiera ingeniado para sustraerse a la acción de los enemigos o para triunfar de ellos, hubiera permanecido un bípedo salvaje entre los cuadrúpedos, sin más bienes que su herencia de bestia, y ningún progreso se hubiera cumplido en su destino; quizá hubiera sucumbido. No faltan comarcas, aun en nuestros días, en que el hombre no ha podido sostenerse contra sus rivales en la batalla de la vida.

Ciertas plantaciones en las inmediaciones de Singapur quedaron desiertas a causa de las terribles visitas del tigre real; en diversas partes de Africa se han dispersado los espantados indígenas, viendo las



ESQUELETO HUMANO
(Comparado con el esqueleto de chimpancé de la página 16)

huellas de los elefantes, que se fraguan caminos a través de los bosques, aplastando las ramas bajo el peso de su ancha pata, hasta que comienza el blanco la guerra de exterminio contra el animal de colmillos de marfil. En Costa-Rica, en Guatemala, sobre la vertiente del Pacífico, tales distritos visitados por los murciélagos vampiros han sido forzosamente abandonados por el hom-

bre, impotente para guardar su rebaño, y amenazado él mismo de muerte cuando una abertura de su cabaña permitía la entrada al temible chupador de sangre. En fin, los infinitamente pequeños, sin hablar de los microbios del aire, son a veces adversarios a los que ha de ceder el colono.

En las regiones en que los mosquitos, arremolinados formando nubes, caen sobre los aterrorizados seres vivientes, era imposible la lucha antes que los médicos entomólogos descubriesen el poder de los mosquitos anofeles respecto del transporte de los microbios, y enseñaron y propagaron los medios de combatirlos bajo su forma larvaria. En las riberas del lago Pontchartrain y de muchos lagos de la Luisiana, en los islotes herbosos del Bahr-el-Ghazal que habitan los Nuër y los Denka, sería imposible vivir y permanecer si no se embadurnasen con arcilla, de ocre o de ceniza.

En tales sitios, apenas podría el hombre pasar y huir; pero en la mayor parte de las extensiones terrestres, ha podido luchar, acomodarse al medio, y, sea por sus fuerzas aisladas, sea por la alianza con otros animales, ha logrado hacerse en el mundo esa gran plaza que presupone, en su lucha por la existencia, el dominio efectivo sobre gran número de especies animales y la superioridad incontestable sobre los otros, excepto, por limitado tiempo, sobre los invisibles microbios.

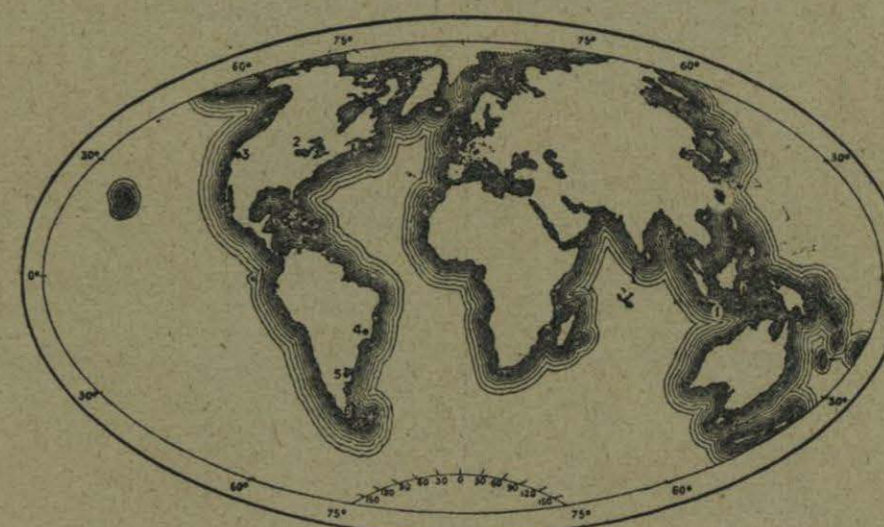
Respecto de las edades oscuras, desprovistas de fechas precisas, parece que ha de faltar el hilo conductor, y, no obstante, aun en esas mismas tinieblas, los hombres que vivieron y se sucedieron en numerosas generaciones han dejado suficientes huellas de su existencia para que el sábio haya podido constituir con ellas una ciencia nueva: la prehistoria.

En efecto, si los pueblos anteriores a la escritura carecen de anales propiamente dichos, si hasta se ignoran los nombres que llevaban y las lenguas por las cuales emitían su pensamiento, al menos se han encontrado en la tierra innumerables documentos, huesos de hombres y de animales domésticos, instrumentos, armas, amuletos, joyas, piedras talladas de toda especie, cuyo estudio y clasificación han revelado en sus grandes rasgos, las civilizaciones de nuestros antepasados prehistóricos. Hasta es po-

sible que se llegue un día a fijar de una manera general la sucesión de los períodos cronológicos en el desarrollo de esas poblaciones primitivas, y muchas veces se ha intentado ya: al menos los arqueólogos pueden desarrollar la serie de las edades de la prehistoria con una amplitud y una lógica superior a la de los escritores que, al impulso de la ola de los detalles de la historia escrita, cesan de percibir el movimiento de las grandes ideas regeneradoras.

La prehistoria, como conjunto de estudios que unen el hombre actual con el hombre de los tiempos pasados y nos permite asis-

N.º 2. Fósiles humanos encontrados en el Mundo



Plano homalográfico.

1: 325 000 000

0 5000 10000 15000 km

- | | |
|--|--|
| 1. Trinil, fragmento de cráneo y fémur de pithecanthrope, hallado por M. Eugenio Dubois. | 3. Calaveras, cráneo (discutido).—Carson City, id. |
| 2. Chickasaw, frag. de cráneo (edad discutida). | 4. Laguna Santa, id. |
| Túmulos de Illinois, dos huesos frontales, id. | 5. Pontífelo, id. |
| | 6. Ultima Speranza, id. |

(Véase mapa n.º 3 para los fósiles humanos encontrados en Europa).

tir a la evolución continua en el tiempo, constituye una ciencia de origen muy reciente: la proclamación oficial de su nacimiento data de la segunda mitad del siglo XIX, cuando Lyell estableció en el congreso inglés como hecho indiscutible la existencia del hombre y de su industria durante el período cuaternario, es decir, en una época en que las tierras y las aguas estaban distribuidas de una manera muy distinta de la actual y en que pre-

valecía un clima diferente. Pero antes que la verdad forzase las puertas de los congresos y de las academias, gran número de trabajadores aislados, de pensadores independientes, habían reconocido ya claramente restos de una edad de piedra y habían interpretado su sentido.

Desde la primera mitad del siglo XVI el romano Mercati había comprobado la verdadera naturaleza de las armas y de los ins-

N.º 3. Osamentas paleolíticas humanas de la Europa occidental

(Véase el mapa de la página 21)

- | | |
|--|--|
| 1. Arpino (Italia), 2 esqueletos (E.) | 23. Solutré, muchas osamentas (D). |
| Isola del Liri, cráneo (E.) | 24. Dolémont (Suiza), esqueleto (D). |
| 2. Orviato, fragmento craneano (C). | 25. Thayngen (E). |
| 3. L'Olmo, cráneo (C). | 26. Nagy Sap (Austria), cráneo y fragmento craneano (C). |
| 4. Castenedolo, muchas osamentas (C). | 27. Brünn, cráneo y osamentas (B). |
| 5. Savona, esqueleto (C). | 28. Predmost, 10 esqueletos (B). |
| 6. Barma Grande, muchas osamentas (E). | Sibipka, mandíbula (E). |
| 7. Perales (España), cráneo (E). | 29. Podbaha, cráneo (B). |
| 8. Sordes (Francia), 2 esqueletos (E). | Brux, cráneo (E). |
| Aurignac; 17 esqueletos (B). | 30. Voisec (Lituania) (E). |
| Aubert, hueso frontal (E). | 31. Egisheim (Alsacia) (A). |
| 9. Malirnaud, mandíbula (A). | 32. Lahr (Alemania), osamentas (B). |
| Mas d'Azil (E). | 33. Cannstadt, fragmento craneano (C). |
| 10. Sallèles-Cabardés, maxilar (A). | 34. Gailnruth, osamentas (C). |
| 11. Bruniquel (E). | Taubach, molar (E). |
| Chancelade, esqueleto (B). | 35. Neanderthal, esqueleto (A). |
| 12. Laugerie basse, esqueleto (A). | La Naulette (Bélgica), mandíbula (A). |
| La Madeleine, esqueleto (B). | 36. Furfooz, cráneo (B). |
| Cro-Magnon, esqueleto (B). | 37. Spy, 2 esqueletos (A). |
| 13. Placard, cráneo (B). | Engis, restos de osamentas (B). |
| Marcelly-sur-Eure, frag. craneano (A). | 38. Engihoul (B). |
| Bréchams, cráneo (A). | Smeermass, mandíbula (B). |
| 14. Grenelle, esqueleto (B). | Galley Hill (Inglaterra) (E). |
| Clichy, esqueleto (B). | 39. Tisbury, esqueleto (A). |
| 15. Moulin-Quignon, mandíbula (B). | Bury-Saint-Edmunds, cráneo (A). |
| 16. Chalons-sur-Marne, osam. diversas (C). | 40. Kirkdale (C). |
| 17. Arcy-sur-Cure, mandíbula (E). | 41. Settle, peroné (C). |
| 18. Gravenoir (E). | 42. Hamilton (Irlanda), fragmento craneano (E). |
| 19. La Denise, muchas osamentas (E). | |
| 20. Meyrucis, cráneo (C). | |
| 21. Le Bau de L'Arbusier (E). | |
| 22. Beausembant, cráneo (E). | |

Según M. ENGERRAND

A: Antigüedad cierta.—B: Edad discutida.—C: Edad dudosa.—D: Fósiles reconocidos de edad reciente.—E: Falta informes.

trumentos que la preocupación universal designaba bajo el nombre de «piedras de rayo», y, dos siglos después, Antonio de Jussieu publicó una memoria decisiva, adelantándose ciento cincuenta años a la ciencia oficial¹. Buffon pronunció también algunas palabras manifestando sus presentimientos a este respecto.

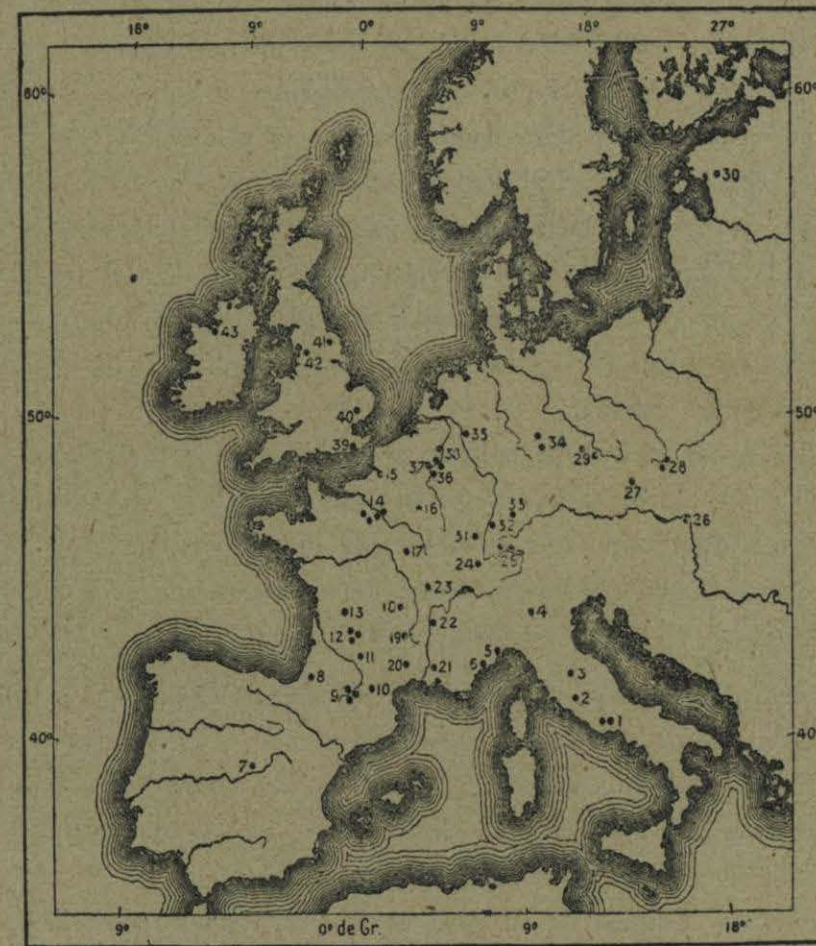
Y mientras Cuvier y sus discípulos se atravesaban obstinadamente al paso de todos los innovadores que no admitían con humildad los dogmas de ciencia contrastada oficialmente, la multitud de observadores a quienes el estudio de los terrenos conducía

¹ Hamy, *Précis de paléontologie humaine*.—Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*.

a reconocer los fósiles del hombre y los testimonios de su industria en la época cuaternaria, era cada vez más numerosa y activa. Al fin los Aymard, los Ami-Boué, los Tournal, los Schmerling, los Christol, los Marcel de Serres y los Boucher de

N.º 3. Osamentas paleolíticas humanas de la Europa occidental

(Véase la leyenda de la página 20)



1 : 30 000 000
0 150 300 450 600 750 900 1050 1200 1350 1500 kil.

Perthes triunfaron del obscurantismo representado por la escuela de un sabio, que, no obstante, había también dejado una magnífica herencia en la historia del pensamiento; tanto es cierto que todo progreso, hecho dogma, se cambia gradualmente en obstáculo.

En lo sucesivo no habrá ya historiador que niegue la antigüedad del Hombre y que lo represente nacido o creado de repente de la tierra roja o de la espuma del mar hace unos cinco o seis mil años; la continuidad de la raza humana por lentas

evoluciones, desde los tiempos más antiguos, es el hecho capital reconocido de una manera universal, y admira la prodigiosa serie de siglos que han debido transcurrir para dar tiempo a que se cumplieran los inmensos progresos que se han realizado durante el curso de la prehistoria.

En efecto, imagínense las edades de la pro-lalia, que precedieron a las modulaciones del pensamiento en forma de palabra; después los de la pro-piria, anteriores a la invención del fuego, y se comprenderá cuántos esfuerzos y conquistas se han necesitado para traer al hombre desde su estado primitivo de bestia, no sabiendo aún articular palabras, ni alimentar la llama encendida por el rayo o el volcán, al rango de animal primate y sabio, hábil para formular sus ideas por las correspondientes palabras y cuidadoso de la llama santa que arde en el hogar de su cabaña.

El espacio de tiempo en que se sucedieron esas grandes evoluciones puede dividirse, según su importancia, en períodos mucho más diferentes unos de otros que lo que son las divisiones de antigua, medioeval y moderna, usados en nuestra historia.

Desde los remotos ciclos en que nuestros antepasados se iniciaron en la palabra, después, pasados muchos siglos, en la captura del fuego, el hombre, determinado por el medio cambiante, cambió él también durante la serie de las edades, diferenciándose cada vez más de los animales que con él habían tomado su origen en el centro común del movimiento.

Por los vestigios de su paso en las cavernas y sobre las riberas de las aguas, por los variadísimos restos de su industria durante la serie de siglos transcurrida antes de la época de la historia escrita, los arqueólogos han podido referir sumariamente su existencia en las diversas partes del mundo y en sus modos numerosos de civilización sucesiva, llegando hasta el intento de describir esos diferentes pueblos prehistóricos, clasificarlos según sus parentescos y sus contrastes, trazar sobre el mapa sus caminos de emigración y de conquista y buscar su filiación a través del caos de los pueblos entremezclados.

El hecho culminante que resulta de las investigaciones proseguidas con gran celo, es que los diversos representantes de

la humanidad, en su evolución necesariamente complicada con retrocesos parciales, van elevándose de período en período, por el arte cada vez más ingenioso y sabio de completar su individuo, de acrecentar su fuerza por medio de objetos exteriores sin vida: piedras, maderas, osamentas y cuernos. Primeramente, el primate, de quien descendemos, se limitaba a recoger las ramas muertas y las piedras, como lo hacía su hermano el mono, y se servía de ellas como de armas e instrumentos. Era aquella la edad de la humanidad que, bajo ciertos aspectos, perpetúa todavía el feroz Seri del Méjico que lleva aún la piedra redonda que le sirve de maza.

Vino después el período «eolítico» o de simple utilización de la piedra, período que comenzó quizá sobre la base del «landemiano», en pleno eoceno medio (Cels). Algunos innovadores, los herejes de la época, aprendieron a emplear los guijarros de forma desigual: mazas, puñales, sierras, punzones, cepillos, raspadores y otros instrumentos naturales, que se limitaban a retocar con otras piedras para aumentar su corte o su punta; quizá hasta se servían de los dientes para moder el sílex, si no se engañó Castañeda en su descripción de los indios cazadores del siglo XVI.

Ese empleo de los instrumentos primitivos, que se continúa todavía en diversas comarcas bajo la forma antigua, fué el verdadero principio de la industria propiamente dicha: ya se modelaban las piedras de sílex que los arqueólogos han encontrado en los mismos sitios donde los antepasados las abandonaron después de usarlas, y que permanecieron entre los restos, en tanto que las maderas y otras materias perecederas se convertían en polvo, como se revela, en la cuenca anglo-franco-belga, la edad «reuteliana», en que el hombre vivía en compañía del *Elephas antiquus* y del *Rhinoceros Merckii*¹.

Después nuevas revoluciones y cambios graduales trajeron la sucesión de las edades durante las cuales se aprendió a tallar las piedras y a darles todas las formas útiles para hacer de ellas instrumentos de trabajo o armas de combate; vinieron a continuación los siglos en que hubo artistas que se ocuparon en transformar sus instrumentos y sus armas en verdaderos obje-

¹ Rutot, *Sur l'Homme préquaternaire*, pág. 19.

tos de lujo: ese fué el tiempo precursor al período que vió nacer la industria de los metales. Esas dos últimas etapas de la piedra tallada y de la piedra pulimentada son las que se designan comúnmente bajo el nombre de «paleolítico» y de «neolítico».

Mas ¿cuáles fueron las etapas del progreso entre los períodos sucesivos de la humanidad primera? Todavía no puede responderse más que por hipótesis diversas, porque en plena prehistoria, en el curso de los ciclos de duración desconocida—miriadas o millones de años—transcurridos desde que el *Homo sapiens* tomó posesión del planeta, los cambios del medio han sido frecuentemente tan considerables que han constituido verdaderas revoluciones, ora bruscas y violentas, ora a largo período y tanto más seguras en sus efectos. En consecuencia, los indígenas han tenido que sufrir en su historia las vicisitudes correspondientes: tan pronto les ha sido preciso cambiar de residencia como modificar su género de vida en el mismo lugar; a veces la raza, destruída casi por completo, ha debido comenzar nueva existencia, reconquistar penosamente los progresos adquiridos ya por sus antepasados, como si diversas humanidades se hubiesen dedicado sucesivamente a ensayar la vida.

De modo que erupciones de lavas, terremotos y hundimientos, inundaciones de ríos e invasiones del mar han cambiado frecuentemente la forma exterior del relieve terrestre, destruyendo los pueblos en parte o hasta en totalidad. ¡Cuán numerosas son, por ejemplo, las tradiciones de diluvios que recubrieron todo el mundo habitable! A la historia caldea del diluvio universal, reproducida en el *Génesis*, se unen tradiciones análogas venidas de China, de la India, de Egipto, del Nuevo Mundo, especialmente de todas las comarcas bajas expuestas a la devastación por las crecidas de los ríos. En otras partes, especialmente en las regiones volcánicas, en los «países del fuego», otras leyendas igualmente justificadas por los acontecimientos anteriores, refieren las lluvias de piedras, los desprendimientos de montañas, las apariciones o desapariciones súbitas de lagos, el enterramiento de ciudades.

La alternación de los períodos glaciares, o más bien, el vaivén del frente de hielo, que trae consigo el cubrirse zonas terrestres bajo las nieves, los hielos y los restos pedregosos, se ha